

La Coca-Cola y el niño posapocalíptico

Jacobo Cardona Echeverri



A finales del año pasado se estrenó en el país una fiel adaptación cinematográfica de la novela *The Road*, ganadora del premio Pulitzer en 2007 y escrita por uno de los mejores escritores americanos de la actualidad, Cormac McCarthy. La novela cuenta la historia del recorrido que hacen un hombre y su hijo, de no más de doce años, por un sórdido y devastado escenario posapocalíptico. Los orígenes de la catástrofe nunca son explicados, pero sus efectos confirman lo insoportable, evidencia de un envilecimiento moral que en estos días de exceso milenaristas y confusión tecnológica por lo ocurrido en Japón tras el terremoto confirma la tendencia humana a la continua exasperación mística. En *The Road* se muestra el fin de la civilización y de casi toda forma de vida sobre el planeta, como si fuera una especie

de cicatriz en la que se revela el aturdimiento espiritual de los protagonistas o la prueba de rigor de la desesperanza fundamental: las ciudades son inmensos depósitos de osamentas metálicas; las edificaciones, cascarones vacíos y grises; las carreteras, arterias anudadas en coágulos de hojas secas y oxidados caparzones; el cielo plúmbeo, sin ningún pájaro atravesándolo.

Padre e hijo deben sortear el acecho de hordas antropófagas, la carencia de comida, la enfermedad, el frío del noreste de Estados Unidos a fin de año. El hombre lleva un revólver con dos balas y de cuando en cuando le recuerda a su hijo cómo apuntar a su propia cabeza ante una situación límite de dolor o extremo peligro.

El niño no ha conocido otra cosa que un universo decadente. No sabe de los objetos que fun-

cionan con cables eléctricos, de la eficacia de las señales de tránsito o de la música en discos compactos. Y en esa precariedad material el símbolo perece. Ambos están más que solos, están sin Virgilio, monotemático y bilingüe, en un infierno donde ningún círculo puede ser explicado, porque nada significa nada.

En la película se recrea una escena, bellamente narrada en el libro. Un pasaje de la inexorabilidad. O del fin de las palabras:

A las afueras de la ciudad llegaron a un supermercado. Varios coches viejos en un aparcamiento sembrado de desperdicios. Dejaron allí el carrito y recorrieron los sucios pasillos. En la sección de alimentación encontraron en el fondo de los cajones unas cuantas judías verdes y lo que parecían haber sido albaricoques, convertidos desde hacía tiempo en arrugadas efigies de sí mismos. El chico le seguía. Salieron

por la puerta de atrás de la tienda. En el callejón unos cuantos carritos, todos muy oxidados. Volvieron a pasar por la tienda buscando otro carrito pero no había ninguno más. Junto a la puerta había dos máquinas de refrescos que alguien había volcado y abierto con una palanca. Monedas esparcidas por la ceniza del suelo. Se sentó y paseó la mano por las tripas de las máquinas y en la segunda palpó un cilindro frío de metal. Retiró lentamente la mano y vio que era una Coca-Cola.

¿Qué es, papá?

Una chuchería. Para ti.

¿Qué es?

Ven. Siéntate.

Aflojó las correas de la mochila del chico y dejó la mochila en el suelo detrás de él y metió la uña del pulgar bajo el gancho de aluminio en la parte superior de la lata y la abrió. Acercó la nariz al discreto burbujeo que salía de la lata y luego se la pasó al chico. Toma, dijo.

El chico cogió la lata. Tiene burbujas, dijo.

Bebe.

El chico miró a su padre y luego inclinó la lata para beber.

Se quedó allí sentado pensando en ello. Está muy rico, dijo.

Así es.

Toma un poco, papá.

Quiero que te la bebas tú.

Solo un poco.

Cogió la lata y dio un sorbo y se la devolvió. Bebe tú, dijo.

Quedémonos aquí sentados un rato. Es porque nunca más volveré a beber otra, ¿verdad?

Nunca más es mucho tiempo.

Vale, dijo el chico.¹

Un mundo posapocalíptico es un mundo en el que las referencias materiales se trastocan y se hunden poco a poco, con el derrumbamiento de la memoria, en la indiferencia total. La realidad se aliviana en el sopor cáustico del “nada importa” cuando la esperanza se distribuye a cuentagotas sobre la apariencia opaca de los últimos sobrevivientes que cono-

cieron un mundo lleno de palabras para nombrarlo. El niño que creció en un escenario de constante y continua destrucción no sabe de las cosas, de los objetos, porque casi todos están averiados, van en caída libre a la descomposición material, no son usados, no tienen un vínculo con el hombre que los hacía vibrar en el gesto, nostálgicamente perturbador, de su función.

Un objeto no es algo, una cosa, sino que es una tendencia. Es un abrir-se del hombre al exterior que lo liga al tiempo. Con él nacieron nuevas palabras y se humanizó un mundo, es decir, se dio un tipo de orden por medio de la extracción, la adición, el modelado de los elementos de la naturaleza, que en el diagrama de cada cosa en su sitio permitió ver la realidad como secuencia. La historia que entraña lo perdurable. El acto que exige el objeto nos conecta con una comunidad de conocedores, la experiencia común que corrige el vacío propiciado por la ausencia del cuerpo. La costumbre animal, por ejemplo, mediada por el ciclo vital, es repetición, más no historia o recreación que entraña un sentido. El ordenamiento animal viene dado por un almacenaje genético, está en el adentro, mientras el discurrir que el artefacto propicia hace parte del capital simbólico resguardado en el código que este conlleva, en el afuera, que es el espacio de la interpretación.

Un pájaro construye un nido, transforma su entorno con el fin de resguardarse; una experiencia técnica elemental similar a la del hombre que en oscuros y calientes talleres de albañilería construye los bloques con los cuales levanta las casas que le sirven de refugio. Entre el nido y la casa, el abismo insalvable que le cambia el rostro

al planeta: el nido del pájaro siempre ha sido el mismo, la casa del hombre ha variado como ha variado su pensamiento. El conocimiento que ha permitido construirla se ha transmitido por medio del lenguaje, y así, generación tras generación, bajo complejos procesos de cambio, difusión e inventiva, la casa comunica, no sólo cumple una necesidad biológica de resguardo o seguridad, sino que *dice*, en sus dimensiones y colores, en su eficiente arquitectura, de los hombres que la habitan, de sus exigencias emocionales y estéticas, de sus pudores políticos. Aunque la casa desaparezca materialmente pervive en el símbolo, y allí la seguimos habitando.

El objeto es la diferencia y agolpamiento de la unidad en un mundo que sólo puede ser real cuando es semantizado.

El niño posapocalíptico es un niño que utiliza palabras que no pueden ser pronunciadas sin caer en medio del camino entre la desolación y una imagen imposible, una concordancia con un imaginario de libros, postales, reductos o fracasos del pasado: un camión de bomberos, un paraguas, un bolígrafo, todos momificados en la singularidad de una señal, de una gestualidad. Nunca los usó, nunca los vio funcionar, el verbo se redujo con la inapetencia. Conducir, cubrirse de la lluvia, escribir una petición, son acciones que ya no tienen sentido. El hábito es generado en la redundancia de la naturaleza; sin el objeto es un movimiento en círculos, un tartamudeo del cuerpo por carreteras infernales, un patrón ausente.

El niño posapocalíptico nunca ha visto una Coca-Cola, no la ha probado, no sabe del “sentir de verdad” o “la chispa de la vida”,

de playas con mujeres en bikini que juegan con un enorme balón, del hielo y el vaso burbujeante, y la hamburguesa y la sed que en tiempos modernos calmaba el agua con colorantes y un ingrediente secreto. La Coca-Cola enlatada que saca el padre de la agrietada máquina expendedora es una señal del paraíso. De las historias que allí eran posibles, del sustrato sentimental de una época sin la ofuscación producida por el vil interés económico. Posibilita la evocación de las cosas que estaban en su sitio, entraña una añorada red de relaciones. Secuencias de recuerdos concatenados en el prosaico y diáfano relato publicitario.

¿Qué haría usted con la última Coca-Cola del mundo? ¿Se la tomaría o la guardaría? ¿Si la conserva, qué quiere en realidad conservar? La última Coca-Cola del mundo es un tesoro tan preciado como *La Gioconda*, como un autógrafo de Jesucristo, como la camiseta agujereada que llevaba John Lennon al morir, como el diario que escribimos a los siete años, como la segunda parte de la *Poética* de Aristóteles. Esa lata es un antídoto contra el caos desencadenado en la indiferencia procaz de la destrucción final. Es parte de la búsqueda del orden y del sentido, es decir, de la búsqueda de Dios.

El niño posapocalíptico que posiblemente toma la última Coca-Cola no sabe lo que hace, no es atenazado por un despiadado sentimiento de culpa, ni es invadido por la duda de una valorización económica improbable (hordas nefastas con plumas ennegrecidas por el esmog matando por la lata sagrada). No hay nostalgia. Las burbujas que cosquillean en su nariz no activan la imagen de

jóvenes sonrientes en un desca-potado sobre una soleada avenida, el líquido sólo sirve para calmar la sed. La lata tirada en el suelo de ceniza, el equivalente posmoderno del árbol que cae en un bosque y cuyo sonido nadie escucha, no será nunca más el referente de una sociedad satisfecha de sí misma, es, sencillamente, un Oopart (*Out of place artifact*), al estilo del martillo encontrado en un sedimento del período jurásico. La lata de Coca-Cola, cuyo esplendor se manifiesta en el uso codificado de la experiencia, es expuesta al vértigo del absurdo en el fin del mundo, y al igual que las sillas, la lista de compras, las ventanas, los radiadores, los satélites o las palabras de Dante, revela su genuina naturaleza: polvo cósmico. Aunque estas últimas, por ejemplo, hubiesen sido ubicadas en el pretencioso ordenamiento histórico del hombre occidental como parte de la obra cumbre de la Edad Media. Ese insignificante cacareo astronómico.

Miles de historias posibles por una fotografía, un lápiz, un reloj, un juguete que permite recrear en su poseedor un pasado que lo sitúa en el tiempo, que le dice lo que fue, lo que es. En la historia del universo, una lata de Coca-Cola vacía en un planeta sin humanos es, parafraseando una hermosa frase de la novela, la palabra de Dios en medio del más preciosista de los mutismos. ^[1]

Jacobo Cardona Echeverri (Colombia)

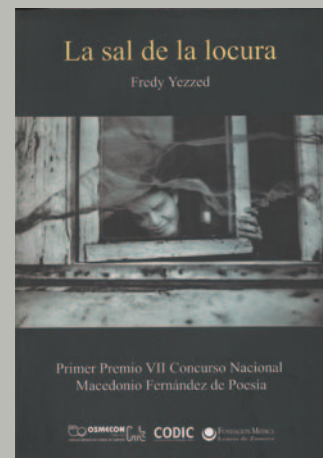
Antropólogo y realizador audiovisual.

Notas

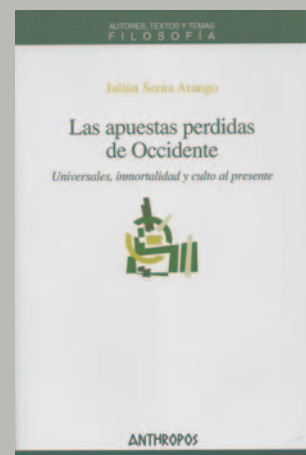
1 Cormac McCarthy. *La carretera*. Bogotá: Mondadori, 2008, pp. 22-23.



Laberinto veneciano
Marina Gasparini Lagrange
Editorial Candaya
España, 2010



La sal de la locura
Fredy Yezzed
Lomas de Zamora
Buenos Aires, 2010



Las apuestas perdidas de Occidente
Julián Serna Arango
Anthropos
Barcelona, 2011